El futuro tiene un corazón de tienda

Carta del Superior General

28 de octubre de 2014

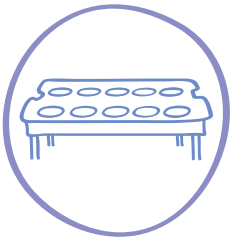
Queridos maristas de Champagnat:

En el mensaje que grabé en vídeo para la fiesta del pasado 6 de junio, anunciaba tres años de preparación para celebrar el bicentenario marista; cada uno de ellos está presidido por un icono que nos recuerda no sólo un acontecimiento histórico, sino también una dimensión fundamental de nuestra vida:

> ***Una tienda os baste como refugio de las tormentas, y Dios regrese vagabundeando a caminar por las calles, a cantar con vosotros, los salmos del desierto.***
>
> Giovanni Vannucci

2014|2015
Montagne

2015|2016
Fourvière



2016|2017
La Valla

A cada uno de estos temas pienso dedicar una carta, a medida que avance nuestro camino hacia 2017. La que hoy tenéis en vuestras manos ofrece una reflexión sobre el tema global del bicentenario: *Un nuevo comienzo.*

200 años de relatos maristas

En sus doscientos años de existencia, el Instituto marista ha visto cómo las distintas generaciones se iban pasando el relevo unas a otras, narrándose al oído, de manera casi imperceptible, historias que contenían lo esencial de su vida y misión. Desde la humilde casa de La Valla, los relatos se propagaron por todo el mundo, contados en mil lenguas diversas y en los más variados contextos.

Dentro del judaísmo existe una corriente mística llamada jasidismo, cuyos miembros se pasan unos a otros historias sobre sus líderes, sobre lo que han visto y oído como testigos privilegiados. Según ellos, los vocablos usados para describir esas experiencias son algo más que palabras; transmiten a las siguientes generaciones con tal realismo lo que ocurrió, que esas mismas palabras se convierten en acontecimientos. Por ejemplo, si se explica un milagro, éste adquiere nuevo poder; la fuerza que se activó en aquel momento, vuelve a propagarse a través de las palabras vivas y continúa activa incluso después de muchas generaciones.

Un rabino, cuyo abuelo fue discípulo de Baal Shem, fundador del jasidismo, fue invitado a contar un relato. Una historia – dijo - hay que narrarla de tal manera que sea una ayuda en sí misma. Y explicó: Mi abuelo era cojo. Una vez le rogaron que relatara una historia sobre su maestro, y él describió cómo el santo Baal Shem acostumbraba a saltar y bailar mientras oraba. Mi abuelo se puso de pie – continuó - y, transportado por sus propias palabras, comenzó a brincar y a danzar como lo hacía su maestro. Y desde ese instante curó para siempre de su cojera. ¡Así es como hay que narrar las historias!

Cada generación de maristas ha dado lo mejor de sí para mantener viva la llama del carisma de Champagnat... Sus relatos y sus vidas ardientes contagiaron a otros, que a su vez transmitieron a la siguiente generación...

Hasta el día de hoy, cada generación de maristas ha dado lo mejor de sí para mantener viva la llama del carisma de Champagnat, don para la Iglesia y para el mundo. Nos han legado un patrimonio hecho de valores, de espíritu, de formas de vida, de tradición. Nos han entregado una historia, nuestra propia historia, el relato de las cosas que vivieron y que les marcaron a fuego el corazón. Sus relatos y sus vidas ardientes contagiaron a otros, que a su vez transmitieron a la siguiente generación...

Un buen ejemplo de ello es la siguiente historia jasídica.

El rabino de Rizhyn dijo: un día que el santo Baal Shem Tov quería salvar la vida de un muchacho enfermo a quien apreciaba mucho, mandó hacer una candela de cera virgen, la llevó al bosque, la puso en un árbol y la encendió; luego recitó una larga oración. La candela ardió durante toda la noche. Al amanecer, el muchacho estaba curado.

Cuando mi abuelo el Gran Maggid, discípulo de Baal Shem, quiso obtener una curación similar, había olvidado el significado secreto de las palabras en las que tenía que concentrarse. Entonces, hizo lo mismo que había hecho su maestro, e invocó su nombre. Y sus esfuerzos tuvieron éxito.

Cuando el rabino Moshe Leib, discípulo de un discípulo del Gran Maggid, quiso obtener otra curación parecida, dijo: 'Nosotros no tenemos siquiera el poder para hacer lo mismo que hicieron ellos. Pero relataré la historia de cómo se hizo, y Dios ayudará'. Y, de nuevo, sus esfuerzos se vieron recompensados.

También nosotros podríamos hablar de tres grandes generaciones, cada una correspondiente a un siglo de nuestra historia.

Pensando en la historia contada por el rabino Rizhyn a propósito de tres generaciones distintas, se me ocurre hacer un paralelismo con el Instituto marista; también nosotros podríamos hablar de tres grandes generaciones, cada una correspondiente a un siglo de nuestra historia.

Tres generaciones en búsqueda: el Instituto como una tienda

Hoy, cercanos a la celebración del bicentenario de nuestra fundación, decimos que nos han tocado vivir tiempos convulsos y, para algunos, quizás también confusos. A muchos nos gustaría que, después de tanto camino recorrido, todo fuera mucho más claro y evidente, en vez de sentirnos, una vez más, buscando a tientas cómo seguir avanzando.

Reflexionando sobre la historia del Instituto, tengo la impresión de que, si bien seguimos teniendo muy claro quiénes son los destinatarios de nuestra misión (niños y jóvenes), tanto la manera de actuar como la estructura de la propia institución han ido variando según las circunstancias. Eso ha producido incomodidad a quienes querían seguridad y definiciones permanentes, pero nos ha dado agilidad y flexibilidad para llevar adelante nuestra misión de la manera más adecuada a cada momento histórico.

Tanto la manera de actuar como la estructura de la propia institución han ido variando según las circunstancias.

Mons. Tonino Bello, que soñaba con la Iglesia del *delantal*, imagen que se ha hecho muy popular entre nosotros en estos últimos años, soñaba también en la Iglesia como *tienda*:

__¿Debe parecerse la Iglesia a la piedra que está inmóvil, o a la tienda que cambia__, que se enrolla a la salida del sol, cuando el viandante se pone en camino para afrontar un nuevo viaje?... La tienda ayuda a comprender que la Iglesia es una institución precaria que anuncia solamente a Jesucristo; no se pone ella misma en el centro, no es aquel eclesio-centrismo de la visión cristiana, sino el Cristo-centrismo. Jesús está en el centro, y la Iglesia señala a Jesús. La Iglesia está en marcha, la Iglesia camina con la humanidad, la Iglesia no debiera echar raíces y agarrarse a la tierra para estabilizarse, como la ostra a la roca... La Iglesia debe ser móvil y quizás la tienda evoca mejor esta dimensión itinerante de la Iglesia...

Primera generación

Durante buena parte de ese siglo, los hermanos trataron de encontrar su propia identidad en el seno de la Iglesia.

Siguiendo con la imagen de las tres generaciones, echemos una ojeada a la primera de ellas, la de los primeros cien años.

Quizás tengamos la impresión de uniformidad y calma al contemplar ese período de nuestra historia, pero la verdad es que fue bastante agitado. Durante buena parte de ese siglo, los hermanos trataron de encontrar su propia identidad en el seno de la Iglesia. Así, vemos que se evoluciona desde ser un grupo apostólico a ser una asociación, para luego pasar a ser congregación; de hecho, sabemos que los religiosos de votos simples, como somos los Hermanos, no fueron reconocidos por la Iglesia como *religiosos*, hasta inicios del siglo XX. Además, durante buena parte de ese período inicial, hubo sus dudas sobre el lugar que ocupamos en la Sociedad de María, fluctuando entre considerarnos miembros de pleno derecho de esa Sociedad, a vernos como congregación totalmente autónoma.

Segunda generación

Expansión, reestructuración y refundación

Si *fundación* y *estructuración* son palabras que servirían para calificar a la generación del primer siglo de nuestra historia, *expansión, reestructuración* y *refundación* son palabras de la segunda generación, la del siglo XX.

Este siglo se inicia bajo el signo de la secularización. Ya en 1903, el gobierno francés impone una alternativa al Instituto: o la disolución o el exilio. En esas circunstancias, surge de nuevo una discusión similar a la de los orígenes: ¿Hemos de ser una congregación religiosa de enseñanza o bien una sociedad apostólica con contornos más o menos bien definidos?

Como consecuencia de las leyes secularizadoras en Francia, el gobierno del Instituto decide enviar a un gran número de hermanos hacia otros países; y esto determina una enorme expansión internacional del Instituto. Se introducen nuevas formas de gobierno y de descentralización, y se viven los primeros intentos de adaptación a la realidad de los nuevos países en los que el Instituto se ha establecido.

Pero la palabra *secularización*, empleada en su sentido amplio, podría resumir por sí misma toda la historia del siglo XX, ya que, casi por todas partes la congregación se enfrenta a una secularización e incluso a un secularismo multiforme y permanente. La cuestión de fondo es cómo adaptarse a un mundo en proceso rápido de secularización sin perder lo esencial de nuestro espíritu.

El H. Basilio, Superior general, invita a una conversión institucional (1971); después de él, otros Superiores generales invitan a la refundación y la reestructuración.

Esa pregunta cobra toda su fuerza en la segunda mitad del siglo XX, con la celebración del Concilio Vaticano II. Nuestra identidad en el seno de la Iglesia aparece de nuevo cuestionada, y esto se agrava con el gran número de salidas de hermanos del Instituto. El H. Basilio, Superior general, invita a una *conversión institucional* (1971); después de él, otros Superiores generales invitan a la *refundación* y la *reestructuración.* Lo cierto es que, en un breve período de tiempo, el Instituto experimentó cambios profundos, en fidelidad a la invitación de la Iglesia a retornar a las fuentes y al *aggiornamento* o renovación.

Fueron años de *destrucción* y de *reconstrucción,* bien expresados por nuestra casa de l'Hermitage, renovada a fondo en ese período.

Tercera generación

¿Por qué sorprendernos de que ahora se nos pida de nuevo recomenzar?

Al inicio del tercer centenario hablamos del deseo de ***un nuevo comienzo*** para el Instituto. Pero ¿no es esto lo que ya hemos vivido repetidamente en los dos siglos anteriores, en búsqueda casi continua, tratando de adaptarnos a lo que se necesitaba en cada momento? ¿Por qué sorprendernos de que ahora se nos pida de nuevo recomenzar?

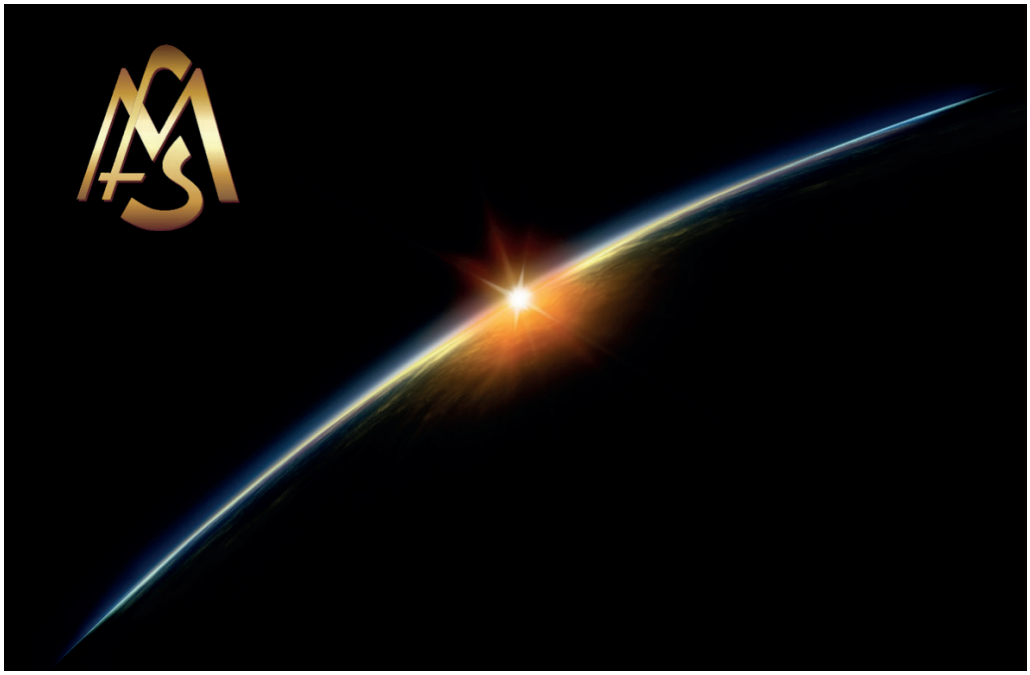
El futuro tiene corazón de tienda; así titula bellamente Ermes Ronchi uno de sus libros. No conocemos del todo el camino hacia el que orientar nuestros pasos, pero nos alegramos por ello y caminamos alentados por el Espíritu y por la promesa del Señor, plantando y recogiendo nuestra *tienda* cuantas veces haga falta. Al estilo de María, peregrina de la fe, nos queremos instalar en lo provisional, en lo concreto, e

ir avanzando juntamente con otros, discerniendo las llamadas del Espíritu. No sólo nos gusta imaginar a la Iglesia como una tienda, sino que aceptamos con alegría habitar en ella, con todo lo que eso significa de provisionalidad, de temporalidad, de adaptación, de vivir a la intemperie, pero también de acogida, de relación...

Las circunstancias vividas por la Iglesia universal en los últimos 50 años nos hacen presentir que también nosotros, como Instituto, nos encontramos en un período de ***nuevo comienzo,*** de manera similar a otros que se han vivido en el pasado.

Así lo reconocía la Conferencia general de septiembre de 2013, convocada bajo el slogan: *Despertar a la aurora: profetas y místicos para nuestro tiempo.* Estamos al alba de una nueva época, que reclama creatividad, imaginación, novedad. La primera parte del lema, *despertar a la aurora,* indica una actitud activa, de compromiso frente a los grandes retos que los últimos Capítulos generales nos han indicado y que se podrían agrupar en torno a las palabras *profecía y mística.* Se trata de *forzar la aurora a nacer, creyendo en ella,* como le gustaba repetir al H. Basilio Rueda, citando al poeta francés Rostand.

No sólo nos gusta imaginar a la Iglesia como una tienda, sino que aceptamos con alegría habitar en ella.



Centinela, ¿cuándo se acabará la noche?
Dime, ¿cuándo se acabará la noche?
El centinela responde:
El alba se acerca,
pero todavía es de noche.
Si quieres saber más,
regresa más tarde.

Is 21, 11-12

El alba se acerca, e intuimos ya algunos signos del nuevo día. Durante la Conferencia general, los participantes intentamos identificar algunos de esos signos de futuro. Uno de ellos, que en mi opinión va a marcar de manera fundamental el nuevo centenario, es la **emergencia del laicado marista.** Se trata de un gran regalo del Espíritu Santo que, estoy seguro, sabremos acoger con cariño.

No podemos hacer lo que hicieron nuestros antepasados, y quizás no debamos hacerlo, pero relataremos la historia de cómo se hizo, y Dios ayudará.

Por otra parte, creo que otras dos importantísimas tendencias de futuro van a ser la **llamada a las periferias** y el cuidado atento de la **dimensión mística** de nuestras vidas.

Como dije anteriormente, desarrollaré estos elementos en las tres cartas que pienso escribir como preparación al bicentenario.

Volviendo a la historia del rabino Rizhyn, narrada más arriba, también nosotros, como los de la tercera generación de su relato, decimos que *no podemos hacer lo que hicieron nuestros antepasados,* y quizás no debamos hacerlo, pero r*elataremos la historia de cómo se hizo, y Dios ayudará.*

Recibimos con respeto el patrimonio de dos siglos de historia, y nos sentimos llamados a enriquecerlo con nuestra propia contribución, como herederos de Champagnat en el siglo XXI, confiados en la providencia de Dios y en María, que *lo ha hecho siempre todo entre nosotros.*

Esperanza versus optimismo: *Tantum aurora est*

¿Cómo te sientes ante la celebración del bicentenario marista? ¿Cómo te sitúas ante los desafíos que estamos llamados a afrontar? ¿Te ves, quizás, cansado por haber tenido que vivir ya muchos cambios? ¿O desalentado porque las cosas no han marchado como habíamos previsto? ¿Estás tal vez lleno de energía, entusiasmado por ser protagonista de una época que consideras de gracia y bendición?

Tengo la impresión de que, por varias razones, se ha instalado un cierto pesimismo vital entre algunos de nosotros; y eso ciertamente no nos ayuda en absoluto a vivir serena y confiadamente el momento presente.

De todos es conocido el carácter optimista y alegre del Papa Juan XXIII; él mismo se lo agradece al Señor más de una vez en su Diario del alma. Cuestión de temperamento, dice él mismo, pero seguro que también de confianza en la providencia amorosa de Dios. Su convocatoria del Concilio fue una proclamación de fe en el futuro, que rápidamente contagió a buena parte del Pueblo de Dios. Y sin embargo, hace 52 años, ¿ofrecía la situación de la Iglesia o de la sociedad más razones para la esperanza que las que tenemos hoy? Probablemente cualquiera podía encontrar entonces, como podría hacerlo hoy, motivos tanto para el desaliento como para la esperanza: ¡depende de dónde se concentre la mirada!

¿Cómo te sientes ante la celebración del bicentenario marista? ¿Cómo te sitúas ante los desafíos que estamos llamados a afrontar?

Gaudet Mater Ecclesia es un conocido discurso de Juan XXIII pronunciado en la inauguración solemne del Concilio Vaticano II, el día 11 de octubre de 1962. El texto fue completamente redactado por el Papa, según Mons. Loris Capovilla, que fue su secretario personal, y a quien el Papa Francisco acaba de nombrar Cardenal. Se trata, por tanto, de un discurso que refleja bien el estado de ánimo del Papa Juan, las motivaciones que le impulsaron a convocar el Concilio, y los objetivos que se proponía. He aquí un fragmento que hoy nos resulta de plena actualidad:

En el cotidiano ejercicio de nuestro ministerio pastoral, a menudo llegan a nuestros oídos, hiriéndolos, las voces de algunas personas que, aun en su celo ardiente por la religión, valoran los hechos sin la suficiente objetividad ni prudente juicio. En las actuales condiciones de la sociedad humana no son capaces de ver más que destrucción y catástrofes; van diciendo que nuestra época, comparada con las pasadas, no ha hecho más que empeorar; y llegan hasta el punto de comportarse como si nada hubieran aprendido de la historia, que es maestra de vida, y como si en tiempo de los precedentes Concilios todo hubiese procedido felizmente con relación a la doctrina, a la moral y a la justa libertad de la Iglesia.

Nos parece justo disentir de tales profetas de calamidades, que anuncian siempre lo peor, como si fuera inminente el fin del mundo.

En el presente momento histórico, en el cual la humanidad parece entrar en un nuevo orden de cosas, hay que ver sobre todo los misteriosos planes de la Divina Providencia, que se realizan en momentos sucesivos a través de la acción de los hombres –y a menudo más allá de sus propias expectativas– y que con sabiduría disponen que todo, incluso las adversidades humanas, redunde en bien de la Iglesia.

Recuerdo muy bien que el día 2 febrero de 2013, durante la celebración de la Jornada de la Vida Consagrada en la Basílica de San Pedro escuché de nuevo la invitación a no dar oídos a los *profetas de calamidades*, pero esta vez en boca del Papa Benedicto, que presentaría su renuncia 10 días después. Nos invitaba, en efecto, a no hacer caso de los *profetas de calamidades* que anuncian el fin de la Vida Religiosa. Me impresionaron sus palabras que, sólo después, pude interpretar como una despedida.

Un poco más tarde fue elegido el Papa Francisco que, como todos sabemos, representa una bocanada de aire fresco en la Iglesia y, de manera muy sencilla, ha contagiado la esperanza a millares de personas, creyentes y no creyentes.

Estoy convencido de que tenemos razones para la esperanza. Aunque en nuestra impaciencia nos gustaría disfrutar ya de la luz y del calor de mediodía, aceptamos con alegría poder participar personalmente en un momento histórico de *alumbramiento*. Así lo expresaba el Papa Juan, de manera incluso poética, en el discurso ya citado de inauguración del Concilio:

Estoy convencido de que tenemos razones para la esperanza. Aunque en nuestra impaciencia nos gustaría disfrutar ya de la luz y del calor de mediodía, aceptamos con alegría poder participar personalmente en un momento histórico de alumbramiento.

Empieza el Concilio, adolescencia de un día exuberante de luz para la iglesia. **Es apenas la aurora,** *pero ¡cuán suavemente los primeros rayos del sol naciente acarician nuestro corazón! El aire es santo aquí, traspasado de estremecimientos de alegría.*

Mons. Loris Capovilla lo repite cada vez que le invitan a hablar sobre el Papa Juan: *¡Es apenas la aurora! Tantum aurora est!*, en su expresión latina, que fue la lengua usada por el Papa en aquel momento.

Tantum aurora est! El día esperado está apenas iniciando. Anuncia la primavera de la esperanza, el salto adelante hacia las prodigiosas conquistas de la fraternidad y de la solidaridad, incluyendo, desde luego, el riesgo de las insidias, los peligros y fracasos...

Habiéndolo aprendido del Papa Juan, me atrevo a sugerir a todos que juzguemos al pasado con respeto e incluso con agradecimiento; al presente con paciencia y caridad, y al futuro con confianza.

Esperanza no significa estar seguro de que algo saldrá bien, sino tener la certeza de que algo tiene sentido, no importa su resultado

Pudiera ser que los datos objetivos a nuestro alrededor dejen poco espacio para el optimismo. Nos queda, con todo, la esperanza, esa pequeña esperanza de la que hablaba Péguy. Con ella, de su mano, hacemos camino porque: Esperanza definitivamente no es lo mismo que optimismo. *Esperanza no significa estar seguro de que algo saldrá bien, sino tener la certeza de que algo tiene sentido, no importa su resultado* (Vaclav Havel). En otras palabras, no trabajamos para que se cumplan nuestras expectativas, sino que lo hacemos porque sentimos que es lo que nos corresponde hacer ahora, y eso nos llena de esperanza, pues sabemos que estamos en las manos de Dios.

Como María, tienda humilde del Verbo, podemos convertirnos en personas de esperanza, abiertas a la novedad del Espíritu, que acecha escondido en los pliegues de nuestra historia. Podemos llegar a ser centinelas de la mañana, como recomendaba Juan Pablo II a los jóvenes.

Santa María, tienda humilde del Verbo, movida solamente por el viento del Espíritu.

Davide Maria Montagna

Los dos hijos de la esperanza

San Agustín decía que la esperanza tiene dos hijos preciosos: la indignación y el coraje. Indignación al ver cómo van las cosas, y coraje para no permitir que continúen así.

Nos indignamos cuando nos sentimos impotentes ante la injusticia, la violencia, el abuso de poder, la marginación en la que viven millones de niños y jóvenes sin futuro... Pero sabemos bien que la indignación no basta para cambiar esa realidad

Coraje es poner el corazón por delante, y no los cálculos racionales de la mente o los miedos ancestrales.

que no nos gusta. Por eso San Agustín habla del segundo hijo: el coraje, palabra que deriva del latín *cor*, corazón. Tener coraje significa tener corazón. La primera prueba de coraje es, pues, atreverse a escuchar al propio corazón y rebelarse ante la impotencia. Coraje es *poner el corazón por delante*, y no los cálculos racionales de la mente o los miedos ancestrales.

Marcelino Champagnat se indignó ante la situación del joven Montagne y de tantos otros como él, pero supo transformar esa indignación en coraje, casi de manera inmediata. En efecto, puso su corazón compasivo por delante de todos sus temores y falsas prudencias, y gracias a ello existimos los maristas en la Iglesia.

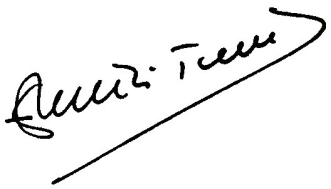
Don Luigi Ciotti, un sacerdote italiano muy comprometido socialmente y que lucha contra las mafias, ha sido amenazado de muerte repetidamente y de manera pública. A él le gusta repetir:

Se muere por exceso de prudencia.
¡Hay que arriesgarse!

Estoy seguro que nuestro fundador estaría muy de acuerdo con esta afirmación valiente.

Esperanza, indignación, coraje. Preciosas actitudes para este tiempo en el que tenemos el privilegio de vivir. ¿Te atreves a hacer tuyas estas actitudes? ¿Te atreves a arriesgarte, como Champagnat, por un nuevo comienzo? ¿Qué riesgos concretos te sientes llamado a asumir?

¿Te atreves a arriesgarte, como Champagnat, por un nuevo comienzo? ¿Qué riesgos concretos te sientes llamado a asumir?

Feliz camino de preparación al bicentenario marista. Ojalá que estos próximos tres años sean para ti, para todos los maristas, un tiempo de gracia y de fidelidad creativa al Espíritu de Dios.

Fraternalmente,